

Los desequilibrios del carlismo: a propósito de varios libros recientes

Fernando Molina Aparicio

Universidad del País Vasco

Puede que resulte alarmante para algunos el uso de un concepto como «desequilibrio» al escribir sobre el carlismo, por aquello de la imagen banal, propia de la cultura liberal, levantada en torno a este fenómeno político, que lo relaciona con todo tipo de fanatismos extemporáneos. No es, evidentemente, a este tipo de desequilibrios al que quiero referirme, sino a aquellos que aquejan a su historiografía y que quedan reflejados en tres libros recientes sobre el tema. Se trata de un corpus bibliográfico preparado por el CSIC, de un ensayo recopilatorio de Jordi Canal y de las actas de las primeras Jornadas de Estudio organizadas por el Museo del Carlismo de Estella¹.

I

El libro del CSIC es el resultado de una colaboración entre su Instituto de Historia y el Centro de Información y Documentación Científica, cuya base de datos ISOC ha generado, desde 1992, doce cuadernos bibliográficos sobre la historia de España. Las responsables

¹ RUBIO, M.^a C., y TALAVERA, M.^a: *El Carlismo*, Bibliografías de Historia de España, núm. 13, Madrid, CSIC, 2007; CANAL, J.: *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006; VVAA: *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007, incluye versión en PDF.

del trabajo son Mari Cruz Rubio y María Talavera, que contaron con el asesoramiento de José Ramón Urquijo y de Alfonso Bullón de Mendoza, representante de la Fundación Larramendi, impulsora de esta iniciativa como continuación de la enciclopédica obra de del Burgo (1978). El nuevo estudio recopila 2.059 monografías, artículos, actas de congresos y tesis doctorales publicados entre 1973 y 2005. Este repertorio es agrupado según motivos cronológicos clásicos de la historiografía del carlismo (guerras, regencias, etcétera), así como según asuntos no menos clásicos, caso del «problema vasco» o de las dinastías reales.

María Talavera plantea la existencia de cuatro etapas bibliográficas, que vincula fundamentalmente a la evolución política reciente del carlismo. La primera, de notable producción, abarca los años setenta y responde al impacto público del nuevo carlismo autogestionario. Es un reflejo de la incidencia de este movimiento renovador en la transición democrática, notablemente superior a la que le permitía aspirar su exigua base social (cuestión ésta que revela más de un indicio acerca de los componentes historicistas de la cultura política de este periodo). La segunda coincide con la primera mitad de los ochenta y es de menor producción, reflejo tanto del fiasco político de ese «nuevo carlismo» como de la crisis que atravesaba su corriente tradicionalista. La tercera cubre la segunda mitad de los ochenta y la primera de los noventa, y es la más floreciente en publicaciones, con un 41 por 100 de las referencias. En opinión de Talavera este incremento se debe a la celebración de diversos seminarios y congresos, así como a una primera eclosión de estudios conmemorativos sobre la Guerra Civil. Se trata de una razón importante, pero más importante me parece el que, como ella misma subraya, en 1986 renaciera la *Comunión Tradicionalista Carlista* y aparecieran nuevas revistas y empresas editoras dedicadas a una profusa producción divulgativa. La cuarta etapa, que cubre los diez últimos años, es la segunda de mayor producción y coincide con una renovación de la historiografía de este movimiento.

Las características generales de esta obra inducen a una primera reflexión. Y es la del sentido que, en el tiempo de Google, de las bases de datos en red y de los programas de Adobe, pueden tener este tipo de trabajos recopilatorios que, hasta donde uno advierte, carecen de un vuelco digital y no permiten un potencial acceso virtual a una parte o la totalidad de los registros enlistados. Es decir,

¿preparar este tipo de trabajos, sin una complementaria versión digital, no supone asumir de entrada una cierta discapacidad divulgativa? Creo que la pregunta merece la pena ser formulada, sin por ello pretender restar méritos a la labor realizada, pero sí subrayar sus posibles límites en tanto que instrumento al servicio de los historiadores del tercer milenio.

Por lo demás, de la labor compiladora se desprenden también unas cuantas reflexiones más concretas. En primer lugar, la lógica ideológico-política utilizada a la hora de explicar las etapas bibliográficas propuestas contiene cierta complementariedad con recientes valoraciones historiográficas. Las dos primeras etapas coincidieron con un primer periodo de renovación de los estudios históricos del carlismo, que relegó a planos secundarios los factores político-ideológicos y revalorizó su componente de protesta socioeconómica. Esta historiografía actuó no sólo según el canon histórico imperante, de impronta teórica marxista, sino también como sutil respuesta a la reformulación izquierdista de este movimiento. De lo que se desprende que la alta producción bibliográfica de los años setenta respondió a un condicionante ideológico (y presentista) que pudo limitar sus resultados científicos. De hecho, me atrevería a decir que la mayoría de los trabajos más sobresalientes de esos años (caso de los preparados por Aróstegui, Blinkhorn, etcétera) permanecieron inmunes a dicho condicionante. A finales de los ochenta estos condicionantes se repitieron con el despertar de una nueva historiografía tradicionalista dotada de una importante infraestructura editorial. Sólo a finales de la década siguiente se produjo una definitiva reorientación de los análisis hacia criterios más neutros y distantes de un condicionamiento ideológico. Tal fue, por un lado, el análisis de los procesos de movilización, incorporando la teoría de la acción colectiva y recuperando el papel del individuo y de sus complejas motivaciones, no siempre susceptibles de sistematización teórica. Y, por otro lado, la adopción de una «argumentación política» que ha demostrado el coherente espacio ocupado por el carlismo en la España contemporánea. Las tesis doctorales de Jordi Canal, Javier Ugarte o Francisco Caspistegui, y la síntesis histórica elaborada por el primero de ellos, completada con el número especial que esta revista dedicó a este fenómeno, enmarcan cronológicamente este punto de inflexión historiográfica.

De este contraste de la producción bibliográfica con la historiografía y sus patrones evolutivos se desprende, además, que la reciente

renovación historiográfica del carlismo no ha generado un interés comparativamente mayor en las nuevas generaciones de historiadores. En los diez años transcurridos (ocho, para ser más exactos con la cronología manejada por este trabajo, que termina en 2005), se ha producido un 28 por 100 del total de la bibliografía editada en estos últimos treinta. Nos encontramos, pues, con un primer desequilibrio: la progresiva inclusión de esta historiografía en patrones internacionales de análisis no ha sido capaz de arrastrar a más historiadores al estudio del carlismo.

Me arriesgo a pensar que existe una razón de mucho peso para explicar esta circunstancia: que a los historiadores de «aquí» les es muy difícil ejercer de «extranjeros» en el análisis de «su» pasado. El pasado en su calidad de memoria colectiva pesa muchísimo en España (sólo hace falta ver los efectos colaterales del sainete político montado por la judicialización de la «memoria histórica»), y pesa extraordinariamente en aquellos que deciden acercarse a él en tanto que historia. La historiografía española sigue enarbolando, mayoritariamente, la bandera de la militancia ideológica e identitaria, que implica una patrimonialización del pasado en beneficio de una causa sentimental que proporciona el preceptivo armazón narrativo que luego los «datos» históricos se limitarán a rellenar.

La conjunción entre un cierto empirismo *demodé* y una intensa implicación emocional en el objeto de estudio han caracterizado la historiografía clásica del carlismo porque son caracteres propios de la española. Hasta tal punto que la producción de trabajos sobre este fenómeno ha ido declinando una vez que nuevas orientaciones metodológicas han conseguido introducirlo en un eje analítico más complejo y objetivo, pero menos sugerente para ventilar querellas sentimentales. Si uno resta de la bibliografía compilada por Rubio y Talavera los productos que revelan condicionantes ideológicos neotradicionalistas, nacionalistas o «autogestionarios»; y si, hecha esta criba, aún se anima a dejar a un lado recuentos de regimientos, dragones y lanceros, biografías hagiográficas y análisis ideológicos hechos a base de un rápido «corta y pega» de periódicos y folletos, el panorama historiográfico resulta un tanto desolador, pese a los esfuerzos renovadores apuntados.

Por lo demás, los desequilibrios analíticos que Rubio y Talavera detectan según regiones (con peso excesivo de la vasca, catalana y navarra), periodos (con atención prioritaria a Segunda República,

Franquismo o Transición) y contenidos (militares, «problema vasco», socio-políticos), resultan también muy propios de una historiografía localista y politizada como la española. Como propio de ella es el que hasta los periodos o regiones mejor conocidos revelen vacíos extraordinarios. Ámbitos como la cultura popular, la gestión de la memoria colectiva o del poder local faltan en la mayor parte de los casos regionales mejor conocidos, por no hablar de la escasa renovación de los análisis de, por ejemplo, las guerras civiles decimonónicas.

II

Los otros dos libros son exponentes de la nueva orientación historiográfica iniciada a finales de los noventa. Se trata, en primer lugar, de una recopilación de artículos a los que su autor, Jordi Canal, ha conferido coherencia literaria y que revelan el dinamismo de esta nueva historiografía. Desde su tesis doctoral, pasando por su celebrado ensayo de síntesis (CANAL, 2000), este historiador ha insistido en una lectura renovadora centrada en el carácter político integrador del carlismo, en tanto que movimiento capaz de captar, articular y dar sentido a esa variada gama de descontentos detectada por historiadores como Jesús Millán o Pere Anguera. El cuidado que Canal ha concedido a los referentes culturales y su uso político le ha permitido subrayar la capacidad de reproducción social del mensaje carlista gracias no tanto a sólidas ideas sujetas a un aparato expositivo coherente (la tan manida, en otros tiempos, *ideología*), cuanto a sentimientos, valores y experiencias compartidos mediante una cuidada escenografía política de símbolos y rituales.

El carlismo retratado en este libro aparece como un actor político preeminente en la transición de España a la sociedad de masas. Canal lo concibe como un movimiento contrarrevolucionario «móvil», sustentado en guetos concentrados en determinadas provincias o regiones (Navarra, Álava, comarcas de Vizcaya y Guipúzcoa, de Cataluña y País Valenciano, etcétera). Guetos que enmarcaban auténticas «contrasociedades», comunidades de valores y tradiciones alternativas a la cultura política del Estado liberal. Este movimiento, en su opinión, se mantuvo en perpetua adaptación violenta a la modernidad liberal, y pasó, tras el final de la última guerra carlista, por dos etapas: los años de fin de siglo, en que se modernizó como una extrema dere-

cha dotada de una gran capacidad de intervención en (y ocupación del) espacio público mediante redes asociativas, rituales, conmemoraciones y práctica de la violencia política; y los años treinta, en que la política laicista estatal lo terminó por orientar hacia el franco activismo paramilitar e insurreccionalismo armado. La deuda del «nuevo Estado» de 1939 con él sería inmensa, como reflejará su absorción tanto de ritos conmemorativos como de conspicuas narrativas políticas, caso del famoso «contubernio judeo-masónico».

Como Ugarte o Caspistegui, Canal entiende que en el ensayo modernizador carlista lo político era sólo un elemento, al que se unían otros de orden cultural (valores, creencias, rituales, simbologías y mitos), estrechamente vinculados a complejas estructuras de vida comunitaria familiar, local o provincial. En uno de sus capítulos, el dedicado a la sociabilidad, subraya la capacidad que tuvo la periferia, no sólo geográfica sino también política, para favorecer el cambio social y político en España. Sin embargo, la modernización carlista fue siempre una estrategia de supervivencia antes que una opción de transformación destinada a favorecer un cambio social cívico y secularizador. Fue, en definitiva, una modernización «defensiva» (CASPISTEGUI, 2004).

La publicación de la tesis doctoral de este historiador dio pie a GONZÁLEZ CALLEJA (2000: 283) a afirmar que «el carlismo siempre ha prosperado en los momentos de crisis del sistema liberal parlamentario (en 1868-1872 como en 1931-1936) y declinado en los períodos contrarrevolucionarios (moderantismo, canovismo, franquismo), que en teoría debieran haberle proporcionado una estructura de oportunidades más propicia para su supervivencia». Pues bien, este nuevo libro cuestiona, siquiera parcialmente, esta sentencia. Y es que fue, precisamente, el régimen canovista el que forzó la transformación del carlismo en un nuevo movimiento político, adaptado a la sociedad de masas y preparado para intervenir en ella. Si el carlismo puede utilizarse como efectivo indicador (en su condición parasitaria) de los regímenes democratizadores, la Restauración, o al menos alguna de sus fases, está dentro de esa consideración.

El trabajo compilador de Rubio y Talavera destaca la importancia que los congresos y jornadas de debate han tenido en la promoción de estudios sobre el carlismo. Esta dinámica científica ha sido asumida por su nueva historiografía, que ha comenzado a celebrar unas jornadas anuales promovidas por el Gobierno de Navarra a través de

su Museo del Carlismo. El último libro que abordo recopila las actas de su primera sesión (descrita, en su acontecer y debates, por MARTÍNEZ DORADO, 2008) y es fiel al título con que fueron convocadas, que propone enmarcar el carlismo en la historia de la contrarrevolución occidental.

Esto explica que a un notable plantel de representantes de esta nueva historiografía (Rújula, Caspistegui, Anguera, Millán), se unan historiadores de otras contrarrevoluciones europeas o americanas. El libro resultante tiene la virtud de recuperar estudios como el de Pere Anguera sobre la primera insurrección carlista. Fue Anguera uno de los que primero apostó por devolver a los carlistas, en palabras de Canal, «una presencia y una voz que han perdido en demasía en nuestras historias». Su colaboración en este volumen vuelve a defender una sociología múltiple del primer carlismo, en la que aparecen desde idealistas a delincuentes o insurrectos accidentales.

La colaboración de Pedro Rújula va atrás en la definición de los orígenes del primer carlismo, subrayando la importancia de la Guerra de la Independencia como primer ensayo de conflicto civil en el que se curtieron muchos de los que lucharían en 1833. En su análisis, la guerra aparece como un medio privilegiado de acceso a los rudimentos de la política y de asimilación de discursos e ideologías por parte de sujetos que, de otra forma, habrían quedado apartados de los exiguos cauces de politización propios de las primeras etapas revolucionarias liberales.

Jesús Millán busca también los orígenes del primer carlismo en tiempos anteriores, en la complejidad social y económica de la sociedad estamental de finales del XVIII. Una sociedad ya no específicamente feudal, lo que explicará la falta de arraigo social del proyecto liberal rupturista cuando se ponga en marcha la revolución. Además, razona el éxito popular y continuidad política del carlismo en el relajado compromiso que éste buscará con el orden social del Antiguo Régimen. Una parte muy interesante de su trabajo es la dedicada a estudiar la instrumentalización política que de él hizo el liberalismo a la hora de sublimar sus contradicciones. Unas contradicciones que, pese a venir de factores socioeconómicos centenarios, serán integradas en una banal narrativa política de oposición entre «dos Españas».

Esta cuestión de las representaciones políticas, que moldean la realidad que los individuos politizados perciben, es abordada por Caspistegui, que reconstruye una de las narrativas más importantes

del carlismo: aquella que convierte a Navarra en matriz geográfica del carlismo. Este historiador muestra hasta qué punto se forzó en el discurso público del franquismo la identificación entre Navarra y el carlismo, mediante tres ejes argumentales centrados en mitos como el fuero, la religión o el ruralismo de Navarra.

De las colaboraciones sobre casos extranjeros, la más prometedorra en sus objetivos (y, por ello, un punto decepcionante en sus resultados) es la de Jon Juaristi sobre Escocia. Sólo en sus páginas finales, al abordar el papel jugado por la tradición jacobita en la invención de la identidad nacional escocesa, aparecen destellos de aquel que es, por derecho propio, uno de los mejores ensayistas españoles. Las otras colaboraciones resultan también sugerentes, caso de la de De Francesco acerca del legitimismo italiano, de Monteiro sobre el Miguelismo portugués o la de Multon sobre la memoria y cultura de la contrarrevolución blanca (un tanto parca, al modo que tienden a ser los historiadores franceses en sus colaboraciones en obras colectivas). Punto y aparte merece el trabajo clásico de Jean Meyer sobre la Cristiada mexicana, que ha ampliado con un nuevo bagaje de información oral.

III

Este último libro contiene, además, un trabajo propio acerca del carlismo vasco, un caso regional que creo revelador de algunos de los más agudos desequilibrios de la historiografía del carlismo. Revelador de que una gran cantidad de estudios sobre un mismo fenómeno, si son hechos desde una perspectiva viciada por el presente y la inquietud sentimental del historiador, no proporcionan un mejor conocimiento de éste. Así, aún hoy día es común que historiadores profesionales califiquen el carlismo vasco como un «pre» o «protonacionalismo», aplicando una comprensión teleológica (y presentista) al análisis del pasado. Comprensión cuya entidad queda reflejada en el libro del CSIC, a través de la entrada bibliográfica titulada «Fueros y nacionalismo vasco», todo un homenaje al lugar esencial concedido al «problema vasco» en el análisis de esta variante regional.

El carlismo vasco es el mejor ejemplo de que sólo una historiografía menos afectada por los discursos públicos nacionalistas permitirá una mejor comprensión de este fenómeno (o de cualquier otro). Que

es necesario, en fin, un análisis que recorra horizontalmente los espacios de la cultura, la política y la sociedad, de la ciudad y el campo, de la provincia y la nación, interesándose por el conflicto político, la acción colectiva o la dialéctica cultural entre modernidad y tradición.

Esa transversalidad, como expone Canal en su introducción a este último libro, habrá de buscar el largo plazo, algo esencial dada la «innegable capacidad de pervivencia de este movimiento político, que convierte en reduccionista todo estudio que argumente sólo sobre los datos de un escenario temporal restringido» (MILLÁN, 2000: 17). Y deberá romper las barreras temporales tradicionales de guerras y regencias, para integrar este fenómeno en contextos más amplios, desde una óptica regida por una «combinación de escalas» que exceda las fronteras locales, regionales y nacionales.

Esta nueva comprensión, abierta a las enseñanzas de otras historiografías, permitiría descubrir en el carlismo un cauce privilegiado de comunicación con el complejo mundo campesino y sus transformaciones. El trabajo comentado de Rújula muestra la importancia que pudo tener la guerra como espacio de aprendizaje político alternativo o complementario de las maquinarias electorales y los partidos. Se trata éste de un ámbito, el de la politización del campesinado, que, impulsado por la tesis excepcional de WEBER (1976), ha obtenido una atención en otras latitudes europeas inmensamente mayor que en España (MOLINA y CABO, 2009).

Quizá una lectura atenta de los meandros del complejo debate generado por la tesis de Eugen Weber en Francia podría ayudar a explicar muchas de las paradojas del carlismo que han sido tan fácilmente solventadas recurriendo al mítico excepcionalismo hispano. El rol jugado por la religiosidad rural en la politización (izquierdista) del campesinado meridional francés sugiere más de una similitud, en un sentido político opuesto, con el jugado por la cultura religiosa (como aquella, populista y movilizadora) carlista. La relación entre carlismo y campesinado, leída a la luz del debate generado por las tesis de Weber, permite, además, situar las guerras carlistas en un contexto internacional de afirmación del Estado nacional sobre las comunidades campesinas. Si hubo un conflicto entre la cultura urbana del Estado liberal y las variadas culturas campesinas que encontró en su tarea modernizadora, el carlismo podría proporcionar datos valiosísimos para su vertiente hispana, que existe, tal y como sostuve hace un tiempo (MOLINA, 2005).

Sin embargo, la propia dinámica política del carlismo finisecular demuestra también la insuficiencia de la tesis de Weber acerca de que la modernización política y cultural campesina sólo pueda venir desde arriba, de «agencias de cambio» estatales (MOLINA, 2008: 95-100). Y es que sin contar con ese empuje estatal, el carlismo catalán, como ha demostrado Canal, o el vasco, como recientemente ha expuesto DELGADO (2008), consiguieron modernizar su acción política y colectiva. Esa modernización tuvo lugar en un espacio que no fue específico del carlismo, sino propio del conjunto de las derechas católicas, dadas las intensas relaciones de tensión y comunicación entre ellas. La competición local por el voto católico, reflejada por CANALES SERRANO (2006), condujo a tensiones y colaboraciones entre fuerzas políticas de identidad nacional diversa, caso de carlistas y nacionalistas vascos o catalanes, que ayudaron a modernizar todos estos movimientos.

La modernización política del carlismo cuestiona, por lo tanto, la entidad de la nación como «frontera de identidad» esencial del debate político. Al contrario, la nación, como la región y otras identidades territoriales, fue objeto de negociación, como todo en política. Por ello Canal, en el séptimo capítulo de su libro, insiste en algo ya advertido por Ucelay-Da Cal o Núñez Seixas, a saber: la necesidad de terminar con los estudios aislados de regionalismos y nacionalismos periféricos o estatales para interesarse también por los espacios de interrelación entre todos ellos.

Estos estudios, cuando decidan hacerse, deberán incidir en la dinámica de conflicto religioso que tanto afectó la política del siglo XX. Un conflicto que se colocó en esa intersección entre el espacio cultural y político a la que apelan los nuevos historiadores del carlismo y que afectó enormemente a éste. El factor emocional de la religiosidad ocupa un papel esencial en la reactivación del carlismo finisecular, dado que la explicación política no es suficiente por sí misma, como advirtió GONZÁLEZ CALLEJA (2000: 284). Y este factor es esencial para entender el conflicto nacional en el que el carlismo se introdujo. De nuevo la tesis unidireccional de Eugen Weber, que entiende que sólo el Estado pudo nacionalizar, queda cuestionada por la experiencia carlista, que refleja que este proceso fue posible desde espacios de oposición a aquél (ocupados por la Iglesia o partidos católicos extremistas), como los críticos de Weber han terminado por demostrar para el caso francés.

La «nacionalización (católica) desde abajo» protagonizada, en un sentido españolista, por el carlismo (y, en un sentido alternativo, por otros nacionalismos conservadores periféricos) interfirió en la política nacionalizadora estatal, orientando el conflicto patriótico hacia espacios locales y sagrados desconocidos en el siglo anterior. Como reflejan los trabajos de LOUZAQ (2008a; 2008b) para Vizcaya, el nuevo repertorio de acción colectiva desplegado por el catolicismo político fue intensamente religioso. Y el carlismo intervino activamente en dicho despliegue, implicándose a fondo en el conflicto entre clericalismo y anticlericalismo durante el primer tercio de siglo.

En el conflicto identitario de la España del primer tercio del siglo XX se mezclan religión, política y patrias (locales, regionales y nacionales). Y ese conflicto, de la mano de otras historiografías, puede perfectamente ubicarse en un contexto europeo de «guerra cultural» [CLARK y KAISER (eds.), 2002; LEBOVICS, 1992]. Una «guerra» en la que la derecha católica (y, como parte de ella, el carlismo) abrazó un nacionalismo integral, que reivindicaba la autenticidad católica (y regionalista) de la nación en oposición al ideal nacional del Estado liberal, especialmente a partir de 1931.

Amplio es, pues, el camino que abre la nueva historiografía del carlismo. Los historiadores pueden encontrar en él una experiencia histórica de gran utilidad a la hora de obtener pistas y datos acerca de las transformaciones generadas por la transición a la sociedad de masas en campos tan diversos como la religiosidad, la modernización de la política o las identificaciones patrióticas. A la par, ese trabajo proporcionaría valiosas hipótesis a los historiadores específicos del carlismo. Y es que «deslocalizar» su análisis histórico puede ayudar a corregir algunos de los mayores desequilibrios que aún arrastra. No creo que ésta fuera una aportación menor de cara a un mejor conocimiento de la España contemporánea.

Bibliografía citada

CANAL, J. (2000): *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza.

CANALES SERRANO, A. F. (2006): *Las otras derechas. Derechas y poder local en el País Vasco y Cataluña en el siglo XX*, Madrid, Marcial Pons.

CASPISTEGUI, F. J. (2004): «El cine como instrumento de modernidad defensiva en Pamplona (1917-1931)», *Ikusgaiak. Cuadernos de Cinematografía*, 7, pp. 5-38.

CLARK, C., y KAISER, W. (eds.) (2003): *Culture wars. Secular-Catholic conflict in Nineteenth-century Europe*, Cambridge, Cambridge UP.

DEL BURGO, J. I. (1978): *Bibliografía del siglo XIX: Guerras Carlistas, Luchas Políticas*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra.

DELGADO, A. (2008): *La otra Bizkaia. Política en un entorno rural durante la Restauración (1890-1923)*, Bilbao, UPV.

GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2000): «Historiografía reciente sobre el carlismo: ¿el retorno de la argumentación política?», *Ayer*, 38, pp. 275-288.

LEBOVICS, H. (1992): *True France: the Wars on Cultural Identity, 1900-1945*, Ithaca, Cornell UP.

LOUZAO, J. (2008a): «La recomposición religiosa en la modernidad: un marco conceptual para comprender el enfrentamiento entre laicidad y confesionalidad en la España contemporánea», *Hispania Sacra*, 121, pp. 331-354.

— (2008b): «Es deber de verdadero y auténtico patriotismo... La nacionalización del conflicto entre clericales y anticlericales (1898-1939)», NICOLÁS, E., y GONZÁLEZ, C. (eds.): *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy*, Murcia, Editum, edición en PDF.

MILLÁN, J. (2000): «Popular y de orden: la pervivencia de la contrarrevolución carlista», en MILLÁN, J. (ed.): *Carlismo y contrarrevolución en la España contemporánea*, *Ayer*, 38, pp. 15-34.

MARTÍNEZ DORADO, G. (2008): «Para entender la contrarrevolución: historia, memoria y política», *Istor*, 33, pp. 96-105.

MOLINA, F. (2005): *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

— (2008): «¿Realmente la nación vino a los campesinos? El “debate Weber” en España y Francia», *Historia Social*, 62, pp. 79-102.

— y CABO, M. (2009): «The long and winding road of nationalization. Eugen Weber's *Peasants into Frenchmen* in European Modern History», *European History Quarterly*, en prensa.

WEBER, E. (1976): *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford UP.